

IRÈNE

(UN CASO DEL COMANDANTE CAMILLE VERHOEVEN 1)

Pierre Lemaitre

Fragmento

Lunes, 7 de abril de 2003

1.

—Alice... —dijo mirando lo que cualquiera, excepto él, habría considerado una chica.

Había pronunciado su nombre para ganarse su complicidad, pero no había conseguido que aquello surtiera el menor efecto. Bajó la mirada hacia las notas a vuela pluma que había tomado Armand durante el primer interrogatorio: Alice Vandenbosch, veinticuatro años. Intentó imaginar qué aspecto podría tener normalmente una Alice Vandenbosch de veinticuatro años. Debía de ser una chica joven, con el rostro alargado, el cabello castaño claro y una mirada firme. Levantó la vista y lo que observó le resultó del todo improbable. Esa chica no se parecía a sí misma: el pelo, antaño rubio, pegado al cráneo y con largas raíces oscuras, una palidez enfermiza, un gran hematoma violáceo en el pómulo izquierdo, un hilillo de sangre seca en la comisura del labio... y, en cuanto a los ojos, aterrados y huidizos. Ningún signo de humanidad, salvo el miedo, un miedo terrible que hacía que todavía temblara, como si hubiese salido sin abrigo un día de nevada. Sostenía el vasito de café con las dos manos, como la superviviente de un naufragio.

Normalmente, la simple aparición de Camille Verhoeven perturbaba incluso a los más impenetrables. Pero con Alice, nada. Alice permanecía encerrada en sí misma, temblorosa.

Eran las ocho y media de la mañana.

Desde su llegada a la Brigada Criminal, unos minutos antes, Camille se había notado cansado. La cena de la víspera había terminado cerca de la una de la mañana. Gente que no conocía, amigos de Irène. Hablaron de la televisión, contaron anécdotas que, en otro contexto, a Camille le hubiesen parecido más bien divertidas, si frente a él no se hubiera sentado una mujer que le recordaba muchísimo a su madre. Durante toda la comida había luchado para librarse de esa imagen, pero le parecían de verdad la misma mirada, la misma boca y los mismos cigarrillos, encadenados uno tras otro. Camille se había sentido transportado veinte años atrás en el tiempo, a la bendita época en que su madre todavía salía del taller con la bata maculada de colores, el pitillo en los labios y el pelo revuelto. A la época en la que todavía iba a verla trabajar. Mujer fuerte. Sólida y concentrada, con una pincelada algo rabiosa.

Tan inmersa en sus pensamientos que a veces Camille tenía la impresión de que no percibía su presencia. Momentos largos y silenciosos en los que adoraba la pintura y durante los cuales observaba cada gesto como si fuese la llave de un misterio que le hubiese afectado personalmente. Eso era antes. Antes de que los miles de cigarrillos que consumía su madre le declararan una guerra abierta, pero mucho después de que acarrearán la hipotrofia fetal que había marcado el nacimiento de Camille. Desde lo alto de su definitivo metro cuarenta y cinco, Camille no sabía, en aquella época, a quién odiaba más, a esa madre envenenadora que le había fabricado como una pálida copia de Toulouse-Lautrec solo que menos deforme, a ese padre tranquilo e impotente que miraba a su mujer con la fascinación de los débiles, o a su propio reflejo en el espejo: a los dieciséis años, todo un hombre que se había quedado a medio hacer. Mientras su madre apilaba lienzos en el taller y su padre, eternamente silencioso, dirigía su oficina, Camille completaba su aprendizaje de bajito envejeciendo como los demás, dejaba de obstinarse en ponerse de puntillas, se acostumbraba a mirar al resto desde abajo, renunciaba a alcanzar los estantes sin acercarse primero una silla, y construía su espacio personal con las medidas de una casita de muñecas. Y esa miniatura de hombre contemplaba, sin comprenderlos realmente, los inmensos lienzos que su madre debía sacar enrollados para poder transportarlos a las galerías. A veces, su madre decía: «Camille, ven aquí...». Sentada en el taburete, le acariciaba el pelo con la mano, sin decir nada, y Camille sabía que la quería, pensaba incluso que nunca querría a nadie más.

Aquellos eran todavía los buenos tiempos, pensaba Camille durante la cena, mientras observaba a la mujer que tenía enfrente y se reía a carcajadas, bebía poco y fumaba por cuatro. Antes de que su madre se pasase el día de rodillas al pie de la cama, con la mejilla apoyada en las mantas, en la única posición en la que el cáncer le concedía algo de tregua. La enfermedad la había obligado a arrodillarse. Esos momentos fueron los primeros en que sus miradas, que se habían vuelto impenetrables la una para la otra, pudieron cruzarse a la misma altura. En aquella época, Camille dibujaba mucho. Pasaba muchas horas en el taller de su madre, entonces vacío. Cuando por fin se decidía a entrar en su habitación, encontraba allí a su padre, que pasaba la otra mitad de su vida también arrodillado, acurrucado contra su mujer, sosteniéndola por los hombros, sin decir nada, respirando al mismo ritmo que ella. Camille estaba solo. Camille dibujaba. Camille pasaba el tiempo y esperaba.

Al ingresar en la facultad de Derecho, su madre pesaba lo que uno de sus pinceles. Cuando volvía a casa, su padre parecía envuelto en el pesado silencio del dolor. Todo aquello se había alargado en el tiempo. Y Camille inclinaba su cuerpo de eterno niño sobre los libros de leyes, esperando el final.

Llegó un día cualquiera, en mayo. Como una llamada anónima. Su padre dijo simplemente: «Deberías volver», y Camille tuvo de pronto la certeza de que a partir de entonces debería vivir solo consigo mismo, que ya no habría nadie más.

A los cuarenta, ese hombrecillo de rostro largo y marcado, calvo como una bola de billar, sabía que no era así, desde que Irène había entrado en su vida. Pero con tantas visiones del pasado, aquella velada le había resultado realmente agotadora.

Y además, no digería bien la carne de caza.

Poco después de la hora en que le estaba llevando a Irène la bandeja del desayuno, Alice fue recogida en el boulevard Bonne-Nouvelle por una patrulla de barrio.

Camille se despegó de la silla y entró en el despacho de Armand, un hombre delgado que destacaba por sus grandes orejas y su antológica tacañería.

—Dentro de diez minutos —dijo Camille—, vienes a anunciarme que hemos encontrado a Marco. En un estado lamentable.

—¿Encontrado? ¿Dónde? —preguntó Armand.

—Ni idea. Arréglatelas.

Camille volvió a su despacho dando pequeñas zancadas apresuradas.

—Bueno —prosiguió acercándose a Alice—. Vamos a retomar todo con calma, desde el principio.

Estaba de pie, frente a ella, sus miradas casi a la misma altura. Alice parecía salir de su sopor. Lo miraba como si lo viera por primera vez y debía de sentir, con más claridad que nunca, lo absurdo que era el mundo al darse cuenta de que ella, Alice, molida a golpes dos horas antes, se encontraba de pronto en la Brigada Criminal frente a un hombre de un metro cuarenta y cinco que le proponía empezar todo desde cero, como si ella no estuviese ya a cero.

Camille rodeó su mesa y cogió maquinalmente un lápiz de entre la decena que se apiñaban en un bote de vidrio fundido, regalo de Irène. Levantó la mirada hacia Alice. No era nada fea. Más bien guapa. Rasgos finos algo inciertos, que los excesos de las noches en blanco habían arruinado en parte. Una pietà. Parecía una falsa reliquia.

—¿Desde cuándo trabajas para Santeny? —preguntó mientras esbozaba el perfil de su cara sobre un cuaderno.

—¡No trabajo para él!

—Vale, digamos desde hace dos años. Trabajas para él y te suministra, ¿verdad?

—No.

—¿Tú crees que se trata de amor? ¿Es lo que piensas?

Le miró fijamente. Él le sonrió y después se concentró de nuevo en el dibujo. Hubo un largo silencio. Camille recordó una frase que decía su madre: «Siempre es el corazón del artista el que late en el cuerpo del modelo».

Sobre el cuaderno, otra Alice fue surgiendo poco a poco en unos trazos de lápiz, más joven aún que esta, igual de dolorosa pero sin equimosis. Camille levantó los ojos hacia ella y pareció tomar una decisión. Alice le vio acercar una silla y encaramarse de un salto como un niño, con los pies colgando a treinta centímetros del suelo.

—¿Puedo fumar? —preguntó Alice.

—Santeny se ha metido en un buen lío —dijo Camille como si no la hubiese oído—. Todo el mundo lo está buscando. Tú eres la más indicada para saberlo —añadió señalando los moretones—. Molestan, ¿verdad? Sería mejor encontrarle primero, ¿no crees?

Alice parecía hipnotizada por los pies de Camille, que se balanceaban como un péndulo.

—No tiene suficientes contactos para librarse. Le doy dos días, en el mejor de los casos. Pero tú tampoco tienes suficientes contactos, y te van a encontrar... ¿Dónde está Santeny?

Un airecito terco, como esos niños que saben que están haciendo algo malo y lo hacen a pesar de todo.

—Bueno, vale, te voy a soltar —dijo Camille como si hablase consigo mismo—. La próxima vez que te vea, espero que no estés en el fondo de un cubo de basura.

En ese momento Armand se decidió a entrar.

—Acabamos de encontrar a Marco. Tenía razón, está en un estado lamentable.

Camille, fingiendo sorpresa, miró a Armand.

—¿Dónde?

—En su casa.

Camille miró a su compañero con lástima: Armand ahorraba hasta en imaginación.

—Bueno. Entonces podemos liberar a la niña —concluyó saltando de la silla.

Una ligera expresión de pánico, y después:

—Está en Rambouillet —soltó Alice en un suspiro.

—Ah —dijo Camille con voz neutra.

—Boulevard Delagrang. En el número 18.

—En el 18 —repitió Camille, como si el hecho de pronunciar ese simple número le dispensara de dar las gracias a la joven.

Sin que nadie la autorizase, Alice sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos arrugado y encendió uno.

—Fumar es malo —dijo Camille.

2.

Camille estaba ordenando a Armand que enviara rápidamente un equipo al lugar cuando sonó el teléfono.

Al otro lado de la línea, Louis parecía sin aliento. Corto de voz.

—Estamos en Courbevoie...

—Cuenta... —le pidió lacónicamente Camille mientras tomaba un bolígrafo.

—Esta mañana recibimos una llamada anónima. Estoy aquí. Es..., no sé cómo explicarlo...

—Inténtalo, y ya veremos —cortó Camille, algo molesto.

—Es horrible —exclamó Louis. Su voz sonaba alterada—. Es una carnicería. Nada de lo habitual, si entiende lo que quiero decir...

—No muy bien, Louis, no muy bien...

—No se parece a nada que yo haya visto antes...

3.

Como la línea estaba ocupada, Camille se desplazó hasta el despacho del comisario Le Guen. Dio un pequeño golpe con el nudillo en la puerta y no esperó respuesta. Solía entrar de esa manera.

Le Guen era un tipo grandote que, como llevaba veinte años a régimen sin haber perdido un solo gramo, había adquirido por ello un fatalismo vagamente exhausto que se leía en su rostro y en toda su persona. Camille le había visto adoptar poco a poco, en el transcurso de los años, la actitud de una especie de rey destronado, una expresión apesadumbrada y una mirada fundamentalmente pesimista que arrojaba sobre el mundo. Por costumbre, Le Guen interrumpía a Camille a mitad de su primera frase con la excusa inalterable de que «no tenía tiempo». Pero vistos los primeros elementos que le expuso Camille, decidió moverse a pesar de todo.

4.

Por teléfono, Louis había dicho: «No se parece a nada que yo haya visto antes...», y a Camille no le gustaba eso, porque su ayudante no solía ser catastrofista. Llegaba a ser incluso de un optimismo incómodo, así que Camille no esperaba nada bueno de aquel desplazamiento imprevisto. Mientras desfilaban ante sus ojos las carreteras de circunvalación, Camille Verhoeven no pudo evitar sonreír pensando en Louis.

Louis era rubio, peinado con raya a un lado y ese mechón algo rebelde que se aparta con un movimiento de cabeza o una mano negligente pero experta, y que pertenece genéticamente a los hijos de las clases privilegiadas. Con el tiempo, Camille había aprendido a distinguir los diferentes mensajes que transmitía el gesto de colocarse el mechón, auténtico barómetro del estado de ánimo de Louis. En su versión «mano derecha», el gesto cubría la gama que iba del «Seamos correctos» al «Eso no se hace». En la versión «mano izquierda», significaba incomodidad, molestia, timidez, confusión. Cuando se observaba a Louis con detenimiento, no era nada difícil imaginárselo haciendo la primera comunión. Conservaba toda la juventud, toda la gracia, toda la fragilidad. En resumen, físicamente Louis era alguien elegante, delgado, delicado, profundamente irritante.

Pero, sobre todo, Louis era rico. Con todo lo que conlleva ser rico de verdad: una cierta manera de comportarse, una cierta manera de hablar, de articular, de elegir las palabras, en fin, con todo lo que sale del molde de la estantería superior, en la que pone «niño rico». Antes que nada, Louis había hecho una carrera brillante (un poco de derecho, de economía, de historia del arte, de diseño, de psicología), dejándose llevar por sus deseos, y siempre había destacado, cultivando el trabajo universitario como un arte del placer. Y después había sucedido algo. Por lo que le parecía a Camille, había tenido que ver con la noche de Descartes y el olfato histórico, una mezcla de intuición razonable y whisky de malta. Louis se había visto a sí mismo viviendo en su soberbio piso de seis habitaciones del distrito IX, con toneladas de libros de arte en las estanterías, vajilla de porcelana en el aparador de

marquetería, los alquileres de otros pisos entrando en su cuenta cada mes con más seguridad incluso que un salario de alto funcionario, estancias en Vichy en casa de mamá, cuenta en todos los restaurantes del barrio y, por encima de todo, una contradicción interna tan extraña como repentina, una auténtica duda existencial que cualquiera, salvo Louis, habría resumido en una frase: «Pero ¿qué demonios estoy haciendo aquí?».

Según Camille, treinta años antes Louis se habría convertido en un revolucionario de extrema izquierda. Pero en aquel momento la ideología había dejado de ser una alternativa. Louis odiaba la religiosidad y por ende el voluntariado y la caridad. Se preguntó qué podría hacer, buscó un lugar miserable. Y de pronto lo vio todo claro: ingresaría en la policía. En la Brigada Criminal. Louis no dudaba jamás —esa cualidad no figuraba en su herencia familiar—, y tenía el talento suficiente para que la realidad no le desmintiese demasiado a menudo. Pasó la oposición y entró en la policía. Su decisión se basaba a la vez en las ganas de servir (no de Servir, no, simplemente de servir para algo), en el temor a una vida que pronto viraría hacia la monomanía, y quizás en el pago de la deuda imaginaria que pensaba haber contraído con las clases populares por no pertenecer a ellas. Aprobados los exámenes, Louis se encontró inmerso en un universo muy alejado de lo que había imaginado: nada de la pulcritud inglesa de Agatha Christie, de la reflexión metódica de Conan Doyle, sino cuchitriles mugrientos con chicas apaleadas, pequeños traficantes desangrados en los contenedores de basura de Barbès, cuchilladas entre drogadictos, váteres apestosos donde encontraban a los que habían escapado de la navaja automática, chaperos que vendían a sus clientes por una raya y clientes que cotizaban la mamada a cinco euros después de las dos de la mañana. Al principio, para Camille había sido un auténtico espectáculo ver a Louis, con su flequillo rubio, la mirada loca pero la mente clara, su vocabulario cerrado hasta el cuello, redactando informes, informes y más informes; a Louis, que continuaba, flemático, escuchando declaraciones espontáneas en huecos de escaleras llenos de gritos y olor a orín, junto al cadáver de un chulo de trece años cosido a machetazos delante de su madre; a Louis, que volvía a las dos de la mañana a su piso de ciento cincuenta metros cuadrados de la rue Notre-Dame-de-Lorette y se derrumbaba completamente vestido sobre el sofá de terciopelo, bajo un aguafuerte de Pavel, entre su biblioteca de libros dedicados y la colección de amatistas de su difunto padre.

A su llegada a la Brigada Criminal, el comandante Verhoeven no había sentido una simpatía espontánea por ese joven coqueto, lampiño, de cadencia afectada y que no se asombraba de nada. Los otros oficiales del grupo, que apreciaban más bien poco compartir su día a día con un pijo, no le habían ahorrado prácticamente de nada. En menos de dos meses, Louis había sido víctima de casi todas las jugarretas que formaban parte del inventario de novatadas que todos los grupos gremiales cultivan para vengarse de no tener ni voz ni voto en las contrataciones. Louis había pasado por aquello con sonrisa torpe, sin quejarse una sola vez.

Camille Verhoeven había sabido distinguir antes que los demás el germen del buen policía en ese chico imprevisible e inteligente, pero, sin duda por un acto de fe en la selección darwiniana, había decidido no intervenir. Louis, con flema bastante británica, se lo había agradecido. Una noche, al terminar, Camille le había visto salir corriendo, entrar en el bar de enfrente y beberse de un trago dos o tres pelotazos, y había recordado la escena en la que Luke Mano Fría, completamente sonado,

incapaz de boxear, ebrio de golpes, continúa levantándose una y otra vez, hasta aburrir al público y agotar incluso la energía de su adversario. De hecho, sus compañeros terminaron por rendirse ante el empeño que Louis ponía en su trabajo y ese algo asombroso que había en él y que podría calificarse de bondad o algo parecido. Al cabo de los años, Louis y Camille se habían sentido reconocidos de alguna manera en sus diferencias, y como el comandante disfrutaba de una autoridad moral incontestable en su grupo, nadie se extrañó de que el niño rico se convirtiese progresivamente en su colaborador más cercano. Camille había tuteado siempre a Louis, como tuteaba a todo su equipo. Pero con el paso del tiempo y con los cambios de destino, Camille se había dado cuenta de que solo los más antiguos continuaban tuteándole. Y ahora que los más jóvenes se habían vuelto mayoría, Camille se sentía a veces como el usurpador de un papel de patriarca que nunca había reclamado. Le llamaban de usted como a un comisario y sabía muy bien que no se debía a su posición en la jerarquía. Más bien a la incomodidad espontánea que muchos sentían ante su baja estatura, como una forma de compensación. Louis también le llamaba de usted, pero Camille sabía que su motivación era distinta: era un reflejo de clase. Los dos hombres no habían forjado nunca una amistad, pero se estimaban, lo que para ambos constituía la mejor garantía de una colaboración eficaz.

5.

Camille y Armand, seguidos por Le Guen, llegaron al número 17 de la rue Félix-Faure, en Courbevoie, poco después de las diez. Un baldío industrial.

Una pequeña fábrica abandonada ocupaba el centro del terreno, como un insecto muerto, y lo que habían sido talleres estaba siendo reformado. Cuatro de ellos, ahora terminados, parecían fuera de lugar, como bungalós tropicales en un paisaje nevado. Los cuatro estaban enlucidos de blanco, con techos acristalados y ventanas de aluminio con paneles deslizantes que dejaban adivinar espacios inmensos. El conjunto conservaba cierto aire de abandono. No había coche alguno salvo los policiales.

Se accedía a la vivienda subiendo dos escalones. Camille vio a Louis de espaldas, apoyado en la pared con una mano, inclinado sobre una bolsa de plástico que sostenía cerca de su boca. Pasó por delante de él seguido de Le Guen y otros dos oficiales del grupo, y entró en la habitación, ampliamente iluminada por focos. Cuando llegaban a la escena de un crimen, inconscientemente, los más jóvenes buscaban con la mirada el lugar donde se encontraba la muerte. Los más curtidos buscaban la vida. Pero allí no se podía. La muerte lo había invadido todo, hasta la mirada de los vivos, llena de incompreensión. Camille no tuvo tiempo de preguntarse sobre esa curiosa atmósfera, su campo de visión fue ocupado inmediatamente por la cabeza de una mujer clavada a la pared.

No había dado tres pasos dentro de la habitación y su mirada ya estaba inmersa en un espectáculo que la peor de sus pesadillas hubiese sido incapaz de inventar: dedos arrancados, charcos de sangre coagulada, todo ello envuelto en un olor a excrementos, sangre seca y entrañas vacías. Le vino de inmediato el recuerdo de Saturno devorando a sus hijos, de Goya, y volvió a ver durante un instante el rostro enloquecido, los ojos desorbitados, la boca escarlata, la locura, la locura absoluta. Aunque era uno de los más experimentados entre los hombres que se encontraban

allí, sintió unas repentinas ganas de dar media vuelta hacia el descansillo donde Louis, sin mirar a nadie, sostenía en la mano la bolsa de plástico como un mendigo que afirma su hostilidad hacia el mundo.

—Qué es esta mierda...

El comisario Le Guen había dicho aquello para sí mismo, y la frase había caído en un vacío total.

Solo Louis la había oído. Se acercó secándose los ojos.

—No tengo ni idea —dijo—. He entrado y he salido inmediatamente... Ahora vuelvo...

Armand, desde el centro de la habitación, se volvió hacia los dos hombres con aire alhelado. Se secó las manos sudorosas en el pantalón para recuperar la compostura.

Bergeret, el responsable de la policía científica, llegó a la altura de Le Guen.

—Necesito dos equipos. Esto va para largo.

Y añadió, cosa que no era su costumbre:

—Esto está fuera de lo común...

Estaba fuera de lo común.

—Bueno, te dejo —dijo Le Guen al cruzarse con Maleval, que acababa de llegar y que salió al instante tapándose la boca con las dos manos.

Camille hizo entonces una señal al resto del equipo para que supiesen que había llegado la hora de los valientes.

Era difícil hacerse una idea exacta de la vivienda antes de... todo eso. Porque «eso» había invadido la escena y no se sabía dónde posar la mirada. En el suelo, a la derecha, yacían los restos de un cuerpo destripado y decapitado cuyas costillas rotas atravesaban una bolsa roja y blanca, sin duda un estómago, y un seno, el que no había sido arrancado, aunque era bastante difícil distinguirlo, ya que ese cuerpo de mujer —en ese punto no había dudas— estaba cubierto de excrementos que ocultaban en parte innumerables marcas de mordeduras. Justo enfrente, sobre la cómoda, se encontraba una cabeza con los ojos quemados y el cuello extrañamente corto, como si la cabeza se hubiese incrustado en los hombros. La boca abierta desbordaba de tubos blancos y rosas de la tráquea y venas que una mano tenía que haber ido a buscar al fondo de la garganta para extirpar. Frente a ellos yacía un cuerpo despedazado en parte por cortes profundos realizados en la piel y cuyo vientre (al igual que la vagina) presentaba agujeros profundos, muy marcados, sin duda practicados con ayuda de un ácido líquido. La cabeza de la segunda víctima había sido clavada a la pared, por las mejillas. Camille pasó revista a esos detalles y sacó un cuadernillo de su bolsillo, pero lo volvió a guardar inmediatamente, como si la tarea fuese tan monstruosa que hiciera inútil cualquier método y condenara al fracaso todo plan. No hay estrategia frente a la crueldad. Y sin embargo, por eso estaba allí, frente a ese espectáculo sin nombre.

Habían utilizado la sangre todavía líquida de una de las víctimas para escribir en letras enormes sobre la pared: HE VUELTO. Para ello había sido necesaria mucha sangre, los largos regueros al pie de cada letra lo atestiguaban. Las letras se habían

escrito con varios dedos, a veces juntos, otras separados, y la inscripción, por ello, parecía borrosa. Camille pasó por encima de medio cuerpo de mujer y se acercó a la pared. Al final de la inscripción habían estampado un dedo sobre el muro, con esmero. Cada detalle de la huella era claro, perfectamente marcado, una huella idéntica a la de un antiguo carné de identidad cuando el policía de servicio te aplastaba el dedo sobre el cartón ya amarillento haciéndolo girar en todos los sentidos.

Un raudal de sangre había salpicado las paredes hasta el techo.

Camille necesitó varios minutos para recuperarse. Le sería imposible pensar mientras permaneciese en aquel escenario, porque todo lo que veía representaba un desafío al pensamiento.

Una decena de personas trabajaba ahora en la casa. Como en un quirófano, a menudo reina en el lugar del crimen una atmósfera que podría calificarse de distendida. Las bromas son bienvenidas. Camille odiaba eso. Algunos técnicos agotaban su mundo a base de chistes, en general de carácter sexual, como si así pudieran demostrar su indiferencia. Esa actitud es propia de las profesiones donde impera una mayoría de hombres. Un cuerpo de mujer, incluso muerta, evoca siempre un cuerpo de mujer, y a los ojos de un técnico acostumbrado a despojar de drama la realidad, una suicida sigue siendo «una chica guapa» aunque su cara esté hinchada como un odre. Pero ese día reinaba en el loft de Courbevoie una atmósfera distinta. Ni de recogimiento ni de compasión; inmóvil y pesada como si hubiese pillado desprevenidos a los más listillos, preguntándose qué gracia podrían hacer acerca de un cuerpo destripado bajo la mirada ausente de una cabeza clavada en la pared. Así que se tomaban medidas sin decir palabra, se recogían muestras con delicadeza, se disponían focos para tomar fotos en un silencio vagamente religioso. Armand, a pesar de su experiencia, enarbolaba un rostro de una palidez casi sobrenatural, pasaba por encima de las cintas colocadas por la policía científica con ceremoniosa lentitud y parecía temer que uno de sus gestos despertase repentinamente la furia que bañaba todavía el lugar. En cuanto a Maleval, continuaba vomitando hasta las tripas en su bolsa de plástico entre tentativa y tentativa de unirse al equipo, para volver inmediatamente sobre sus pasos, sofocado, literalmente asfixiado por el olor a excrementos y carne despedazada.

El piso era muy amplio. A pesar del desorden, se veía que la decoración había sido estudiada. Como en muchos otros lofts, la entrada daba directamente al salón, una estancia inmensa con muros de cemento pintados de blanco. El de la derecha estaba cubierto por una reproducción fotográfica de dimensiones gigantescas. Era necesario alejarse mucho para tener una visión de conjunto. Era una foto que Camille ya había visto antes en algún lugar.

Intentó recordar, con la espalda pegada a la puerta de entrada.

—Un genoma humano —dijo Louis.

Eso. Una reproducción de la espiral de un genoma humano, retocada por un artista, realizada con tinta china y carboncillo.

Una ancha cristalera daba al suburbio urbanizado, a lo lejos, detrás de una hilera de árboles que todavía no habían tenido tiempo de crecer. Una falsa piel de vaca

colgaba de un muro, una larga banda de cuero rectangular con manchas negras y blancas. Bajo la piel de vaca, un sofá de cuero negro de dimensiones extraordinarias, un sofá fuera de serie, quizás hasta fabricado a la medida exacta de la pared, cualquiera sabe, tratándose no de tu casa sino de otro mundo en el que se cuelgan fotografías gigantes del genoma humano o se corta a chicas en pedazos después de haberles vaciado el vientre... En el suelo, delante del sofá, un número de una revista llamada GQ. A la derecha, un bar bastante bien provisto. A la izquierda, en una mesa baja, un teléfono con contestador. Al lado, sobre una consola de cristal ahumado, una gran pantalla de televisión.

Armand estaba arrodillado delante del aparato. Camille, que debido a su altura nunca había tenido la ocasión, le puso la mano en el hombro y dijo:

—Pon eso en marcha —y señaló el aparato de vídeo.

La cinta estaba rebobinada. Apareció un perro, un pastor alemán, tocado con una gorra de béisbol, pelando una naranja mientras la sostenía con las patas y comiéndose los gajos. Parecía uno de esos programas estúpidos de vídeos divertidos, con planos muy caseros, encuadres previsibles y brutales. En la esquina inferior derecha, el logo «US-gag» con una minúscula cámara dibujada sonriendo con todos los dientes.

Camille dijo:

—Déjalo puesto, nunca se sabe...

Y se interesó por el contestador. La música que precedía al mensaje parecía elegida en función de los gustos del momento. Unos años antes, hubiese sido el Canon de Pachelbel. Camille creyó reconocer La primavera de Vivaldi.

—El otoño —murmuró Louis, concentrado, la mirada pegada al suelo.

Y después: «¡Buenas noches! (voz de hombre, tono culto, articulación cuidada, quizás unos cuarenta años, dicción extraña). Lo siento pero a estas horas estoy en Londres (recita de corrido, una voz algo alta, nasal). Deje un mensaje después de la señal (algo alta, sofisticada, ¿homosexual?), devolveré la llamada a mi vuelta. Hasta pronto».

—Utiliza un distorsionador de voz —soltó Camille.

Y avanzó hacia el dormitorio.

Un vasto ropero forrado de espejos ocupaba toda la pared del fondo. La cama también estaba cubierta de sangre y excrementos. Habían quitado la sábana bajera, escarlata, y hecho una bola con ella. Una botella vacía de Corona yacía al pie de la cama. En el cabecero, un enorme lector de CD portátil y unos dedos cortados colocados en círculo. Cerca del lector, aplastada sin duda de un taconazo, la caja que había contenido un CD de los Traveling Wilburys. Encima de la cama japonesa, muy baja y sin duda muy dura, se desplegaba una pintura en seda cuyos géiseres rojos iban muy bien con la escena. No había más ropa que unos pares de tirantes curiosamente anudados entre sí. Camille echó una mirada de soslayo al ropero que la policía científica había dejado entreabierto: nada más que una maleta.

—¿Alguien ha mirado dentro? —interrogó a la galería.

Le respondieron «Todavía no» con un tono desprovisto de emoción. «Está claro que les toco los cojones», pensó Camille.

Se inclinó cerca de la cama para descifrar la inscripción impresa en una caja de cerillas caída en el suelo: Palio's, en letras cursivas, rojas sobre fondo negro.

—¿Te suena de algo?

—No, de nada.

Camille se dirigía a Maleval, pero al ver el rostro descompuesto del joven dibujarse tímidamente en el marco de la puerta de entrada le hizo una seña para que se quedase fuera. Podía esperar.

El cuarto de baño era uniformemente blanco, a excepción de una pared empapelada con un diseño dalmata. La bañera estaba, también, repleta de huellas de sangre. Al menos una de las chicas había, o bien entrado, o bien salido en un estado lamentable. El lavabo parecía haber sido utilizado para lavar algo, las manos de los asesinos quizás.

Envió a Maleval a buscar al propietario de la vivienda y después, acompañado de Louis y Armand, Camille salió, dejando a los técnicos terminar de tomar sus notas y sus medidas. Louis sacó uno de los pequeños cigarros que en presencia de Camille se prohibía encender en la oficina, en el coche, en el restaurante, en fin, en casi todas partes salvo en el exterior.

Hombro con hombro, los tres hombres miraron en silencio aquella zona residencial. Fuera del horror por un momento, parecían encontrar en el siniestro decorado del lugar algo tranquilizador, vagamente humano.

—Armand, vas a empezar trabajando los alrededores —dijo por fin Camille—. Te envío a Maleval en cuanto regrese. Sed discretos, ¿eh?... Ya tenemos bastantes marrones.

Armand hizo un gesto de asentimiento, pero sus ojos estaban clavados en el paquete de cigarros de Louis. Ya estaba gorroneándole el primer pitillo de la jornada cuando Bergeret salió a su encuentro.

—Necesitaremos tiempo.

Después se giró sobre sus talones. Bergeret había empezado su carrera en el ejército. Estilo directo.

—¡Jean! —llamó Camille.

Bergeret se volvió. Bonito rostro obtuso, aspecto del que sabe mantenerse firme en sus posiciones e inclinarse ante lo absurdo del mundo.

—Prioridad absoluta —dijo Camille—. Dos días.

—¡Delo por hecho! —exclamó el otro dándole resueltamente la espalda.

Camille se giró hacia Louis e hizo un gesto de resignación.

—A veces funciona...

El loft de la rue Félix-Faure había sido reformado por una sociedad especializada en inversiones inmobiliarias, la Sogefi.

Once y media de la mañana, Quai de Valmy. Bonito edificio, frente al canal, moqueta jaspeada por todas partes, cristal por todas partes y recepcionistas de pechos grandes por todas partes. La placa de la policía judicial, algo de nerviosismo, y después el ascensor, moqueta jaspeada (colores invertidos), puerta de doble hoja de un despacho inmenso, tipo con cara de zapato llamado Cottet, siéntese, seguro de sí mismo, está usted en mi territorio, en qué puedo servirle aunque no puedo dedicarle mucho tiempo.

En realidad, Cottet parecía un castillo de naipes. Era de esos hombres a los que cualquier cosa puede derrumbar. Alto, daba la impresión de habitar una carcasa prestada. Se notaba a la legua que le vestía su mujer, que tenía una idea muy concreta sobre el sujeto y no precisamente la mejor. Se lo imaginaba como jefe de empresa dominador (traje gris claro), responsable (camisa de rayas azules finas) y con prisa (zapatos italianos puntiagudos), pero concedía que, en suma, no era más que un directivo un poco petulante (corbata chillona) y aceptablemente vulgar (sello de oro y gemelos a juego). Cuando vio a Camille aparecer en su despacho, suspendió lamentablemente su examen al izar las cejas con aspecto sorprendido, para recuperarse después y hacer como si no pasara nada. La peor reacción, según Camille, que las conocía todas.

Cottet era de esos que ven la vida como un negocio serio. Estaban los negocios de los que podía decirse «está chupado», los que declaraba «espinosos» y por fin los «asuntos feos». Con solo mirar la cara de Camille, comprendió que la circunstancia presente escapaba a esas categorías.

A menudo era Louis, en esos casos, el que tomaba la iniciativa. Louis era paciente. Louis a veces era muy pedagógico.

—Necesitamos saber quién ocupaba esa vivienda y en qué condiciones. Y es bastante urgente, evidentemente.

—Evidentemente. ¿De qué vivienda se trata?

—Rue Félix-Faure, 17, en Courbevoie.

Cottet palideció.

—Ah...

Y después el silencio. Cottet miraba su cartapacio como un pez, con aspecto aterrado.

—Señor Cottet —prosiguió entonces Louis con su tono más tranquilo y aplicado—, creo que sería mejor, para usted y su empresa, explicarnos todo esto, muy tranquilamente y de forma muy completa... Tómese su tiempo.

—Sí, claro —respondió Cottet.

Después levantó hacia ellos una mirada de náufrago.

—Ese asunto no se llevó a cabo..., quiero decir..., por los cauces habituales, ¿comprenden?...

—No muy bien, no —respondió Louis.

—Nos llamaron en abril del año pasado. La persona...

—¿Quién?

Cottet alzó la vista hacia Camille, su mirada pareció perderse un instante por la ventana en busca de ayuda, de consuelo.

—Haynal. Se llamaba Haynal. Jean. Creo...

—¿Lo cree?

—Eso es, Jean Haynal. Estaba interesado en ese loft de Courbevoie. Para ser sinceros —prosiguió Cottet recuperando la seguridad—, rentabilizar ese plan no es tarea fácil... Hemos invertido mucho, y en el conjunto de la antigua zona industrial, donde hemos puesto en marcha cuatro proyectos individuales, los resultados no son todavía lo bastante convincentes. Tampoco es nada alarmante, pero...

Sus circunloquios molestaban a Camille.

—Hablando claro, ¿cuántos han vendido? —cortó.

—Ninguno.

Cottet le miraba fijamente como si esa palabra, «ninguno», se convirtiese, para él, en una condena a muerte. Camille apostaba a que esa aventura inmobiliaria los había puesto, a él y a su empresa, en una situación pero que muy comprometida.

—Se lo ruego... —le animó Louis—, continúe...

—Ese caballero no deseaba comprar, quería alquilar por un período de tres meses. Decía representar a una empresa de producción cinematográfica. Me negué. Es algo que no hacemos. Demasiado riesgo de impago, demasiados gastos y para demasiado poco tiempo, entiéndanlo. Y además, nuestro trabajo es vender promociones, no jugar a agencia inmobiliaria.

Cottet había soltado eso con un tono de desprecio que decía mucho sobre la dificultad de la situación, que le había obligado a transformarse él mismo en agente inmobiliario.

—Comprendo —dijo Louis.

—Pero estamos sometidos a las leyes del realismo, ¿verdad? —añadió como si esa agudeza demostrase que también tenía cultura—. Y ese caballero...

—¿Pagaba en efectivo? —preguntó Louis.

—Sí, en efectivo, y...

—Y estaba dispuesto a pagar caro —añadió Camille.

—El triple del precio de mercado.

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo sé —dijo Cottet—, solo hablé con él por teléfono.

—¿Y su voz? —preguntó Louis.

—Una voz clara.

—¿Y después?

—Pidió visitar el loft. Quería hacer algunas fotos. Fijamos una cita. Fui yo el que acudió. Ahí debí sospechar algo...

—¿Qué? —preguntó Louis.

—El fotógrafo... no parecía, cómo decirlo..., muy profesional. Apareció con una especie de Polaroid. Colocaba en el suelo cada foto que hacía, en fila, bien ordenadas, como si temiese mezclarlas. Consultaba un papel antes de cada toma, como si siguiese unas instrucciones sin comprenderlas. Pensé que ese tipo era tan fotógrafo como yo...

—¿... agente inmobiliario? —tentó Camille.

—Si quiere —dijo Cottet fusilándolo con la mirada.

—¿Y podría describirlo? —prosiguió Louis para asegurarse de que se cambiaba de tema.

—Vagamente. No me quedé mucho tiempo. Allí no tenía nada que hacer, y perder dos horas en un local vacío mirando a un tipo haciendo fotos... Le abrí, le observé trabajar un momento y me fui. Cuando terminó, dejó las llaves en el buzón, eran una copia y no corría prisa recuperarlas.

—¿Cómo era?

—Mediano...

—¿Qué quiere decir? —insistió Louis.

—¡Mediano! —se encrespó Cottet—. ¿Qué quiere que le diga? Mediana estatura... Mediana edad... ¡Mediano!

Siguió entonces un silencio durante el que cada uno de los tres hombres pareció meditar sobre la desesperante medianía del mundo.

—Y el hecho de que ese fotógrafo fuese tan poco profesional —preguntó Camille— le pareció una garantía más, ¿verdad?

—Sí, lo confieso —respondió Cottet—. Pagaban en efectivo, sin contrato, y pensé que una película..., bueno..., que con ese tipo de película no tendríamos problemas con el arrendatario.

Camille se levantó el primero. Cottet los acompañó hasta el ascensor.

—Deberá firmar una declaración, por supuesto —le explicó Louis, como si hablase con un niño—, quizás se vea obligado también a comparecer, así que...

Camille le interrumpió.

—Así que no toque nada. Ni sus libros, ni nada de nada. Tendrá que arreglárselas con Hacienda solo. Por ahora tenemos dos chicas troceadas. Así que, en este momento, eso es lo más importante, incluso para usted.

Cottet tenía la mirada perdida, como si intentase medir las consecuencias y se presentaran catastróficas, y su corbata multicolor pareciera de pronto una chalina sobre el pecho de un condenado a muerte.

—¿Tiene usted fotografías, o planos? —preguntó Camille.

—Hemos realizado un bonito folleto promocional... —empezó a decir Cottet con una larga sonrisa de ejecutivo comercial, pero se dio cuenta de la incongruencia de su satisfacción y envió de inmediato su sonrisa a la cuenta de pérdidas y ganancias.

—Envíeme todo eso cuanto antes —dijo Camille tendiéndole su tarjeta.

Cottet la cogió como si temiese quemarse.

Al bajar, Louis evocó brevemente las «ventajas» de la recepcionista. Camille respondió que no se había fijado.

7.

Incluso con dos equipos, la policía científica tendría que pasar una gran parte de la jornada en el lugar de los hechos. El inevitable ballet de coches, motos y furgonetas provocó una primera aglomeración al final de la mañana. Cabía preguntarse cómo la gente había tenido la idea de desplazarse hasta allí. Aquello parecía la ascensión de los muertos vivientes en una película de serie B. La prensa apareció media hora más tarde. Evidentemente nada de fotos del interior, evidentemente nada de declaraciones, pero con las primeras filtraciones, al filo de las dos de la tarde, cundió la sensación de que era mejor decir algo que dejar a la prensa a su libre albedrío. Desde el móvil, Camille llamó a Le Guen y compartió con él su preocupación.

— ...